

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
Cuatro Pesetas al Semestre

Semana de Pasión y Muerte

Por Francisco Colás

SEMANA Santa. En la alegre mascarada de la vida, llegan unas horas destinadas al fingido dolor de la Humanidad entera.

Ha muerto Dios sobre infamante madero, redimiéndonos al espirar de nuestras culpas, y todos los años fingimos el dolor, supliendo su carencia con policromas luces, con mucha pedrería, con mucho boato, con mucho lujo, pero con poco sentimiento.

Enmudecen las campanas, los altares cubren sus barrocos ornamentos con sudario morado, se seca el agua bendita en los pocillos de las iglesias, y en la alta torre suena el claquear de la carraça.

Mucha pompa por fuera, mucho aparato, mucho brillo, y el corazón indiferente ante la tragedia de aquél solemne Viernes, cuya fecha exacta se ha perdido de la memoria de la cristiandad.

¡Cuan lejano todo esto de la mansedumbre, de la modestia de aquél Jesús de Galilea que murió en la cruz!

Se diría que las fiestas del cristianismo, todas sin excepción,—pero mucho más esta de Semana Santa—retroceden,—en una lamentable confusión de doctrinas y de tiempos—al seno de aquellas fiestas espléndidas de goces corporales, de indiferencia espiritual, con que los pueblos paganos celebraban los Dioses de su Olimpo.

Entre el fulgor de las luces, las galas de las ropas, el brillo de las alhajas, la divina tragedia de amor universal, pasa escondida y secundaria, como algo que, si acaso, pone una gota de amargo dolor en el dulce vaso de la fiesta.

Riman mal los cuerpos sarmentosos de los Cristos en que el arte ha dejado estampado el cruento sello del dolor, con el gesto eufórico conque la muchedumbre invade las iglesias, con el clamor de gente endomingada que invade las calles y escolta las procesiones. La cara desencajada de los Nazarenos se agudiza más, se hace más trágicamente sombría cuando avanza sobre las muchedumbres sonrientes.

Es curioso el fenómeno y bien se presta a unas cuantas consideraciones. Amando la humildad, con la soberana mansedumbre de un amor sin límites, el Redentor de todos los hombres, muere entre la befa y escarnio del pueblo deicida. Y al correr de los siglos los hombres conmemoran su muerte con fiestas suntuosas en que para nada entra el dolor inmenso de recordar el tormento de su salvador.

No sería esto—con ser mucho—lo peor, si ello no nos indicara cuan lejanos estamos aún de Jesucristo, cuan baldíamente cayó sobre nuestros corazones la divina sangre que goteó del Gólgota.

La humanidad se encuentra cada día más apartada

del Dios que quiso encarnar en el hijo del humilde carpintero, y si en el dogma cupiera una nueva encarnación de Dios, si los pecados de los hombres,—que ya son muchos—necesitaran de un Jordán trágico, si Cristo volviera entre nosotros a pasear por el haz de la tierra su santa doctrina de amor incomprometido, un nuevo Calvario se levantaría donde ahogar en sangre,—como en el Viernes aquél—la doctrina redentora.

Esas fiestas suntuosas en que el orgullo necio del dinero se enseñoorea del ambiente, son un signo elocuente por demás, de lo apartado que nos encontramos del verdadero espíritu cristiano.

Gastando un dineral en fastuosidades, siempre hay en algún rincón trágico de un paseo, un banco misterioso, donde un ser humano murió de hambre y de frío, en el centro mismo de una ciudad cristiana.

Deslumbrando los ojos pasan las artísticas imágenes, el raso de las túnicas, la blonda de las mantillas, el joyante rojo de los claveles... ¡Amaos los unos a los otros! clama la voz aquella que a través de los siglos suena imperativa en el yermo de nuestros corazones... Y la humanidad ha olvidado las divinas palabras y mientras por las calles cruzan las artísticas procesiones, el verdadero espíritu cristiano se reduce a cero en el fondo de nuestra alma.

En estos días de Semana Santa, días casi siempre abrileros en que la naturaleza se despierta del helado beso del invierno, en que el sol caldea nuestra sangre, en que la borrachera de la vida entra a torrentes por los poros de nuestra piel, las horas de meditación, de recogimiento espiritual, de dolor por aquella tragedia divina que vino a redimirnos de nuestras culpas, se truecan en motivo de jolgorio y de alegría, en un deseo de vivir alegre que, nos ha de agradecer bien poco la atormentada divinidad.

¡Semana de Pasión y Muerte!, ¡duelo de la humanidad por aquél mártir que se ofreció a la profecía, dando su cuerpo tragal a las iras del pueblo deicida!... No ha desaparecido la corte de saltones que vociferaron ¡muerte! cuando Pilatos quiso hacer al pueblo responsable de la condena del inocente.

No son solamente recuerdos plásticos de algo que fué, los nazarenos de caras desencajadas, los Cristos sarmentosos que con los ojos en el cielo, plasman la frase de infinito perdón, ¡Padre mío perdónalos, porque no saben lo que se hacen!... La tragedia del Calvario se repite eternamente y la Humanidad sigue crucificando al Jesús de Galilea, al dulce Cristo de la piedad suprema.

Francisco Colás